

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

La Inmaculada Concepción

Cayó en su origen el hombre, infringiendo en el seno de la dicha y de la inocencia, seducido por el espíritu del mal, el precepto que Dios le impusiera tan sólo para que en su cumplimiento ejercitase el más alto de sus dones, la libertad, y, ejercitándole, alcanzase otro don aún más sublime, a saber, la misma divinidad.

Y este pecado de los primeros padres a todos los hombres se transmite, y todos nacemos manchados con esa culpa; por este lúgubre prólogo del pecado empieza la vida de todos los hombres.

Sólo una criatura destinada por Dios a los más altos misterios y maravillas es excluida de esta ley: sólo María es concebida sin pecado original; sólo Ella, descendiente de Adán, pero también Madre de Dios, se ve exenta y libre de esa mancha.

Bien así como Moisés dividió por medio de su milagrosa vara las aguas del mar Rojo, abriendo ahecho y seco camino por el cual pudiesen pasar los hijos de Israel; así Dios separó las aguas de ese río de miseria y pecado que, partiendo del tronco de la humanidad, rodea los umbrales de la vida, para que pasase María sin mancharse.

Como la flor sale hermosa y lozana de las impurezas del suelo, María salió del seno de la humanidad, prevaricadora y maldita, toda bella y sin mancha.

Y esta verdad, universalmente creída por el pueblo cristiano, contenida en la Sagrada Escritura, consignada en la tradición, defendida por los teólogos y elevada a la categoría de dogma por la solemne proclamación de Pío IX, no es un privilegio irritante y

absurdo, como blasfemó uno de los más elocuentes oradores españoles, porque, como dice Augusto Nicolás comentando la razón de un insigne teólogo: «Si Dios ha podido y ha querido la Inmaculada Concepción de María, lo ha hecho. Negar que lo ha podido, sería un absurdo y una blasfemia contra su omnipotencia, decir que no ha querido, sería hacer ofensa a la bondad y amor de tal Hijo para tal madre; decir, por último, que no ha querido ni podido, cuando ha querido y ha podido infinitamente más al hacerla su Madre, sería desterrar de la noción de Dios toda sabiduría y toda razón, toda bondad y todo poder».

España, la nación privilegiada y la hija predilecta de María, fué siempre la primera en confesar y proclamar este privilegio augusto de la Madre de Dios. La fiesta de la Inmaculada se celebraba ya entre los visigodos, antes del siglo VII, las Universidades exigían a sus Doctores juramento, de defender esta verdad, los artistas se inspiraron en este misterio pintando aquellas admirables Vírgenes que immortalizaron a Murillo; el pueblo expresaba su fe en aquella salutación común hace aún pocos años y que ahora ya se olvida; y Ella, en fin, proclamada patrona de la Infantería española, cubrió de gloria a los invencibles tercios en las célebres batallas de Ceriñola y Girellano y en las memorables jornadas de San Quintín y de Pavía.

Feliz España, cuando cubierta con el manto protector de María era grande y respetada! Hoy, dominada por el espíritu del error y del mal, por aquel espíritu entre el cual y María puso Dios enemistades eternas, se ve empobrecida, pequeña y despreciada.

S. G.

envuelto entre los pliegues de fúlgida librea un ángel con el dedo me señaló un altar.

Y ví que coronada de rutilantes nubes, velada por las alas de altísimos querubes, surgía beatífica la faz de una mujer; y entre el resplandor ígneo, sobre su frente bella, trazada por el polvo de fulgurante estrella, «*María Inmaculada*» por fin llegué a leer.

Cesó el sueño: mi vista tendí sobre los mundos: sobre los anchos mares de cóncavos profundos, hacia el inmenso dombo del firmamento azul; y oí que «*Inmaculada*» los mares repetían, y ví que «*Inmaculada*» los astros escribían sobre el tapiz ingrátido de su gigante tul.

Y en el solemne verbo del viejo campanario y en la aromosa estela del rítmico incensario en notas y perfumes «*Inmaculada*» ví: y en las brillantes lágrimas de la naciente aurora, sobre los yertos pétalos de la muriente Flora, «*Inmaculada*» en letras de aljófares leí.

«*Inmaculada*» reza del bosque el silabeo, y graba de los astros el ígneo parpadeo, «*Inmaculada*» a coro salmodia la creación.

Si «*Inmaculada*» canta la creación a coro, sus hijos somos; brille, grabado en letras de oro, «*María Inmaculada*» en nuestro corazón.

AMANDO ACEBES

Religión y patria

La enseñanza hermosísima de como se hunde un gran pueblo, ahito de soberbia minado por la podredumbre del escepticismo religioso y político, da experiencia del fruto amargo de las libertades modernas.

La Turquía de la vergonzosa derrota es el imperio donde hizo ha poco su entrada ruidosa el libertinaje revolucionario, la nación de los Jóvenes Turcos y del flamante derecho constitucional, con sus Parlamentos de oradores de gunúlos, secretos servidores de las lógicas soberanas.

Este pueblo, cuyos Ejércitos sienten el vértigo del pánico y abandonan plazas fuertes y parques de armamento, huyendo como gallinas apenas el enemigo se acerca, y cuyos generales se mueren de miedo o se suicidan por cobardía, es un pueblo que ha perdido su fe y que, abrazado a la libertad, liquidó los últimos restos del decoro y de la vergüenza nacionales.

La Turquía formidable de otros tiempos ha muerto a manos de los Jóvenes Turcos, una especie de jóvenes demócratas otomanos que aman demasiado las ideas modernas para ser capaces del heroísmo.

Cifraron todas sus ilusiones en tener una Constitución, y ahora, en pleno régimen constitucional, quedarán sin patria.

Les vencen los menos, porque a las pequeñas nacionalidades balkánicas les asisten tres fuerzas inexpugnables y omnipotentes en la guerra: la unidad

de raza y la unidad de ideales de Religión y de Patria.

La carencia de fe y de patriotismo no pueden suplirla los cañones, las máquinas de guerra y los ejércitos fabulosos.

Turquía tomó a sueldo instructores alemanes para que educaran a sus soldados en el arte de guerrear, olvidando que estos instructores no podían enseñar al Ejército turco el amor a la patria y la fe religiosa indispensables atributos de la v. lentía.

Las cuatro naciones balkánicas, con presupuestos de guerra que no suman casi la mitad del presupuesto de guerra español, han movilizadado un Ejército seis veces superior al nuestro, un Ejército que triunfa y que derroca el cuarto poderío militar de Europa.

Estadistas, gobernantes y publicistas tienen mucho que estudiar y que aprender en el gran desastre otomano...

CIRIQ VENTALLÓ

La gran Logia Cataluña-Balear de-
cía en comunicado solemne, al Sr. Cana-
lejas:

«Las Logias masónicas, refugio de
todas las libertades e ideas progresivas,
vos admiran y os aplauden... Os encar-
gamos continuéis el camino ya empre-
ndido sin temer las consecuencias de la
lucha, y será segura la victoria de la
libertad. La gran Logia Cataluña-Ba-
lear, en nombre de todos los Poderes
masónicos del mundo, os ofrece la in-
fluencia inmensa y universal de su or-
ganización indestructible.»

Y fiado en tales promesas, hasta pro-
hibió el Sr. Canalejas que le siguiera de

TODA HERMOSA

Lumínicos reflejos hirieron mis pupilas
con el radiar potente de lámparas tranquilas,
meaciéndose solemnes con lenta oscilación:
y gráciles querubes de aéreas vestidura,
con broches invisibles tendían en la altura
sobre columnas áureas espléndido artesón.

Innúmeros donceles con místicos emblemas,
las sienas coronadas de fúlgidas diademas,
formaban del alcázar el mágico dosel:
y extáticos y mudos, en actitud ferviente,
hincada la rodilla, hundida la alba frente
guirnalda agitando de mirto y de laurel.

Polifonas orquestas de música rimada,
potente como estrépito de horrida cascada,
más tierna que la tórtola que gime en el pensil,
más suave que el goteo del líquido en la arena,
pujante como el eco del aquilón que truena
vibraron en los ámbitos de la región sutil.

Y absorto de las músicas en el rimar grandioso,
y en el radiar perenne del éter luminoso,
girando mis pupilas miraban sin mirar:
y raudo como el aura, veloz como la idea,